



La predicación¹

Capítulo General de México

Carta de los capitulares sobre la predicación

Queridos hermanos:

Desde el Capítulo General en la Ciudad de México os escribimos sobre la Sagrada Predicación y el futuro de nuestra Misión común. Hoy estamos viviendo en un mundo de muchas paradojas. Por un lado es un mundo caracterizado por la secularización. Por otro lado, una búsqueda desesperada para dar sentido a la vida ha originado variadas respuestas religiosas. Nos encontramos con un espectro que va desde un fundamentalismo religioso, pasando por el camino de las sectas, hasta encontrarnos con el Movimiento de la Nueva Era. Estas tienen poca relación con una religión profética y verdadera. Ciertamente esta situación toca el corazón de nuestra vocación dominicana. Mientras hay gente que busca la verdad, que añora la mística, que busca un compromiso social más profundo, ¿cómo puede un dominico quedarse de brazos cruzados y, a pesar de ello, reivindicar estar en la tradición de un Tomás de Aquino, una Catalina de Siena, un Eckart o un Bartolomé de las Casas? Estos hermanos nuestros nos han ayudado y nos ayudan a guardar un honesto equilibrio: ser teológicamente reflexivos, místicamente realistas y socialmente conscientes; nunca enfatizando un aspecto a costa de excluir el otro.

¿Y qué de Santo Domingo mismo? ¿No fue él también testigo de los movimientos religiosos que llevaron muchos corazones de buena voluntad a extraviarse? Este hecho y su propio celo fueron factores determinantes en el nacimiento de la Orden de Predicadores. Su inspiración, obviamente, ha tocado a alguno de nuestros hermanos y hermanas, los cuales ya están respondiendo con nuevos proyectos para afrontar esta nueva necesidad. Proyectos que van desde grupos de oración donde se comparte la fe, grupos de educación de adultos, grupos de concientización social, hasta grupos de estudio de la Sagrada Escritura... Nosotros desde el Capítulo les animamos y urgimos a imitarles.

Nuestra voluntad de hacerlo así nace de una confianza que hay en lo más íntimo de nuestro corazón, que es como el requisito para afrontar esta llamada urgente. Las semillas de nuestra tradición están listas para florecer con tal que tengamos coraje y corazones generosos para acogerlas.

Siendo fieles a la intuición de nuestro fundador, necesitamos enfatizar los aspectos positivos de nuestra tradición espiritual:

1. Movilidad: estar listos para partir sin excesivo equipaje material, cultural e intelectual.
2. Preocupación y respeto por la gente, especialmente por aquellos que están alejados de la fe, estar listos para encontrarse con la gente donde está.
3. Apertura: ¿a quién acogemos para unirse a nosotros y predicar con nosotros? ¿De quién aprendemos? ¿A quién escuchamos?

Nunca actuamos solos. Somos personas de comunidad. Poco a poco vamos superando el miedo de comunicarnos unos con otros, al compartir, por ejemplo, la preparación de la homilía en común. Nuestra disposición para afrontar esta preparación comunitaria toca el corazón de la renovación de nuestra predicación.

Aquellos que se autoexcluyen pierden mucho. Un compartir parecido con los laicos ha demostrado ser esperanzador y enriquecedor. Es así como se han ido canalizando las experiencias de hombres y mujeres llamados a proclamar la Palabra, abrimos así la puerta a los hermanos para testimoniar su fe y predicar. Llegamos a ser así la comunidad de la Palabra. Palabra que es escuchada y contemplada juntos, Palabra que alimenta nuestra vidas, impulsándonos a vivir y a actuar de una manera nueva. ¿No es éste nuestro ideal básico que deseamos recuperar con energía y coraje y caminar apoyados en los demás? Con esto y mucho más aun, nos gustaría pensar que tenemos algo más substancial, dador de vida y salvador para ofrecer a aquellas gentes que buscan una senda espiritual.

¿Pero qué pasa con aquellos cuyo entorno secularizado no les ha animado una obvia actividad espiritual en sus vidas? Debe ser ésta una de nuestras mayores preocupaciones hoy. Conscientes de que el compromiso con el mundo no implica en sí mismo un alejamiento de Dios, no nos queda más remedio que constatar que para muchos

el espacio religioso en sus corazones ha sido ya invadido por otros “valores”.

También tenemos que constatar con tristeza que muchos de éstos eran de los que asistían con asiduidad a la Iglesia. Esto hace suscitar preguntas sobre nuestras liturgias, sobre nuestra predicación. Y probablemente también sobre la calidad de nuestra vida comunitaria y, por supuesto, sobre la profundidad de nuestra vida espiritual. Podríamos desanimarnos o podríamos responder a nuestra propia ansia de conversión a este nivel profundo. Puede que no estemos tan lejos de esa pobreza de espíritu experimentada por todo predicador que sabe y ha experimentado lo que significa verdaderamente la esperanza cristiana.

Mientras atendemos con renovado celo a aquellos que aún vienen a nuestras iglesias, nos sentiremos llamados a ir a los senderos y caminos a buscar a aquellos que son inconscientes de sus necesidades reales. Estaremos contentos de encontrarnos con ellos donde están y, si fuera necesario, como Santo Domingo, empleemos toda la noche en diálogo con el posadero. Si hemos crecido acostumbrados a un estilo de vida confortable, eso puede cambiar. En el centro de nuestro corazón queremos ser predicadores efectivos y, por esto, estaremos preparados para perder mucho de nuestras vidas presentes para encontrarlas otra vez. Intentaremos escuchar y en consecuencia nuestra predicación adquirirá formas nuevas.

Nosotros mismos somos los primeros en ser conscientes de los momentos en que no somos auténticos. ¡No es una experiencia agradable! Y sin embargo la autenticidad es el primer requisito que nuestro mundo secularizado espera de nosotros. La humilde verdad que está en nosotros es ya un buen punto de partida. Incluso un vaso de arcilla puede contener ese tesoro como nos recuerda S. Pablo. La gracia y el poder vienen de Dios. Uno siente que una comunidad compasiva y verdadera será realmente bendita.

Nos da ánimos el recordarnos fraternalmente que esta senda ha sido seguida antes, dejándonos una tradición que es nuestra orgullosa herencia. Por tanto, hermanos, el reto de nuestro tiempo, bien sea la mentalidad secular o la aspiración religiosa que se ha desviado, parece ofrecer un reto perfecto a nuestra vocación dominicana.

Diálogo ecuménico e interreligioso

Predicar en orden a las “nuevas fronteras” (Ávila, n. 22) significa predicar el Evangelio de siempre con un nuevo estilo. No podemos acercarnos a los otros hermanos, a las otras Iglesias, a las otras culturas como si estuviesen desprovistas de valores. Nuestra predicación necesita también la experiencia de la escucha, de la acogida y de la compasión.

El diálogo es parte de nuestra predicación. Cuando ofrecemos el Evangelio recibimos una respuesta - positiva o negativa - que si sabemos interpretar nos abre nuevas perspectivas. Los “otros” no son meros receptores o sujetos pasivos. Son sujetos que respondiendo, preguntando o cuestionando nos hacen profundizar nuestra misma comprensión del Evangelio. Tomar en serio y respetar al evangelizado es el signo evidente de que nuestra predicación no es proselitismo.

La Orden de Predicadores asume y reafirma los retos que le dirigen:

- las ideologías seculares desde la frontera de la experiencia religiosa (Ávila, 22, 4),
- las grandes religiones universales desde la frontera cristiana (Ávila, 22,3),
- las confesiones no católicas,
- y las sectas, desde la frontera de la Iglesia (Ávila, 22,5).

Evangelio y culturas

Toda cultura es un proceso social que se reafirma o transforma, crece o se debilita condicionada por su relación a otras culturas y poderes. Cada una tiene valores y deficiencias de los que necesita tener conciencia crítica. Es en íntima relación con la cultura que cada persona desarrolla su identidad.

Todos los miembros de una cultura tienen derecho a ser sujetos de su historia y de su fe; así, han de ser ellos los principales agentes de la inculturación del Evangelio. Cada pueblo tiene derecho de recrear desde sus raíces culturales la Liturgia, la Espiritualidad, la Teología, la Pastoral, la Disciplina Eclesiástica dándoles una nueva expresión por medio de su creatividad y recursos.

Quien aspira a anunciar el Evangelio requiere, ante todo, amar al destinatario, conocerlo con el corazón y confiar plenamente en la fuerza del Evangelio y en la acción del Espíritu, capaces de invitar a los hombres y mujeres de cada cultura a hacer suya la Salvación. Acercarse con actitud de escucha y respeto, despojarse de las ataduras de la propia cultura, sin sobrevalorarla, para evitar todo etnocentrismo y colonialismo. Asumir el

lenguaje y simbolismo del destinatario, partiendo de los valores propios de la otra cultura.

La Evangelización es necesaria para todas las culturas, desde aquellas que no han conocido la Palabra hasta aquellas que son fruto de los Medios de Comunicación Social, desde las que nacieron en la civilización occidental y cristiana hasta las que se consideran fruto de la posmodernidad.

Convocamos a todos los miembros de la Familia Dominicana a crecer en la dimensión misionera de nuestra vocación, que responde a la urgencia de que el Evangelio de Jesucristo sea anunciado en y desde todas las culturas, como Palabra creíble de Salvación.

Justicia y paz

Como en la época en que Europa conquistó la región que después se llamaría América Latina y a sus habitantes, la situación histórica en que vivimos ha colocado a la predicación dominicana ante un reto. Hoy como ayer, se cuentan por millones los hombres y las mujeres que no son reconocidos en su dignidad y su valor humano (Oakland 68.4).

De esta manera toda amenaza sobre el hombre, su vida, su dignidad y su libertad constituyen un desafío para nuestra predicación (Quezon City 19,4). La palabra evangélica anuncia hoy como siempre a Cristo, Hombre Nuevo, que llama a todos los hombres a alzarse, para tomar en sus manos su propio destino y el de las comunidades a las que pertenece, con su originalidad y especificidad.

No obstante todos los fracasos y las desesperanzas, nuestra predicación anuncia que Dios, el Otro por excelencia, se encarnó en Jesús quien es fuente de toda justicia y de toda paz. Superando toda falsa seguridad, nuestra predicación quiere ser portadora de esperanza para el mundo.

Ante los retos actuales, nuestra Orden confirma su opción por los pobres, la justicia y la paz (Roma 234, Ávila 45 y 46). Cada hermano, cada comunidad y provincia, han de asumir la defensa del pobre y del que sufre, conscientes de que está en juego la propia vocación dominicana. La acción por la justicia y la participación en la transformación del mundo se nos presentan claramente como una dimensión constitutiva de la predicación del Evangelio (Sínodo de los Obispos, 1971, Quezon City 19,3, Ávila 45, Oakland 68,7.2). No se trata sólo de una aplicación moral, sino de nuestra misma fe en el Dios de Jesucristo (Quezon City 19,6, Roma 234 B). Por ello, estamos convocados a predicar con verdad la justicia.

Nuestros Capítulos Generales han ofrecido una reflexión válida e iluminadora en el campo de la justicia y de la paz (Quezon City 19-27, Walberberg 17B,3 y 23-25, Roma 234-254, Ávila 45-66, Oakland 68,89-99). Además, en la Orden se han dado avances significativos en ese sentido. Las dificultades que subsisten nos recuerdan la gran riqueza de recursos que posee la familia dominicana y su potencial evangelizador.

Los medios de comunicación

Si la Orden ha hecho de los medios de comunicación una prioridad es por el vínculo esencial que existe entre éstos y la predicación del Evangelio en todas sus formas. Porque nuestro mensaje, como todo mensaje, necesita un soporte: la voz, la escritura, la imagen. Y los medios de comunicación son tanto el altavoz, el ordenador, la radiocassette, los periódicos o los medios audiovisuales, como la televisión por satélite o el cine, medios que no cesan de multiplicarse, de perfeccionarse, al tiempo que se popularizan.

Pero los medios masivos son mucho más que soportes; han conformado una nueva cultura, con un nuevo lenguaje. Si es evidente que para evangelizar los nuevos pueblos es indispensable aprender primero su lengua e iniciarse en su cultura, esta exigencia vale también, de la misma manera, para la nueva cultura de los medios de comunicación (Quezon City 28.5). Cuando se trata de reevangelizar se trata sobre todo de evangelizar una nueva cultura. En particular los jóvenes, nacidos ya en esta cultura, son nuestros nuevos «cumanos». Además, ciertos medios de comunicación permiten llevar el mensaje evangélico a todos sin distinción de clase y alcanzar a aquellos y a aquellas que están lejos de la Iglesia.

Para el predicador o para el teólogo, aprender este nuevo lenguaje a fin de comprender la nueva cultura, es multiplicar casi indefinidamente la eficacia de su labor.

La situación es muy diferente según los diferentes países o regiones y según los medios de comunicación. Pero la importancia del problema es de todas formas la misma. Corresponde a las comunidades o entidades regionales encontrar los mejores medios para enfrentar las necesidades y desafíos de sus regiones.

No podemos estar presentes en todos lados, y tampoco es necesario. Hay límites que difícilmente pueden franquearse, entre otros, los que imponen la legislación o la economía. La comunicación también

puede ser manipulada con fines ideológicos o de poder. Existen, sin embargo, muchos medios pequeños que pueden contribuir con eficacia a la difusión y a la penetración del mensaje que queremos transmitir, y en ellos es fácil saber cómo es recibido dicho mensaje.

La formación en el buen uso de los medios no es solamente una cuestión técnica. Cada uno ha formado su espíritu, su corazón y su juicio a través de las grandes obras de su propia cultura. Nosotros no podemos ignorar la obras maestras de la nueva cultura de los medios de comunicación.

Como las demás, esta cultura crea para el hombre nuevos problemas éticos. Por ello es esencial formar a los hermanos en una aproximación crítica respecto de los medios de comunicación. Pero también es una nueva tarea para los teólogos estudiar estos problemas y contribuir a la elaboración de una deontología de los medios de comunicación, tanto en lo que atañe al receptor como en lo que se refiere al productor-emisor.

En esta nueva cultura las artes tienen un lugar importante. La creación artística de varios hermanos y hermanas, tanto en pintura como en música, en poesía o en escultura, es una auténtica predicación, como todavía lo es el caso de la obra de Fray Angélico.

Los frailes del Capítulo son conscientes de todo lo que se ha realizado desde que los medios de comunicación fueron reconocidos por la Orden como una prioridad. Sin embargo, se han percatado de que muchas de las ordenaciones y recomendaciones hechas por los Capítulos anteriores no han sido aún ejecutadas.

Por esto, el Capítulo hace suyas todas las decisiones de los Capítulos anteriores sobre este asunto e invita a los hermanos a acudir a ellas: Quezon City 28-32; Walberberg 17B 4; Roma 255-268; Ávila 72-11; Oakland 58-61; 68.8; 100-103.

Dado el vínculo entre predicación y medios de comunicación, pedimos que el trabajo de los frailes en los mismos forme parte del proyecto comunitario del convento.

Que a través de los medios de comunicación los frailes ofrezcan ayuda a la educación, a la promoción y a la defensa de los derechos humanos.

Que los medios de comunicación estén al servicio de todos y que sean así un signo profético del espíritu dominicano. Como lo señaló el Capítulo de Oakland (n.68 8.3), que la palabra de los hermanos y hermanas sea una palabra libre, consciente y convincente, portadora de una nueva visión.

La evangelización a través de los medios no puede ser entendida por nosotros si no es comunitariamente. Por ello invitamos a los frailes a una profunda colaboración en el interior de sus comunidades, con las hermanas y los laicos de la Familia Dominicana, y con las instancias concernientes de la iglesia local.

Europa del Oeste

La misión de la Orden consiste en testimoniar a Dios y su Evangelio en una sociedad pluralista e intercultural, muy marcada por la secularización. Por eso debemos:

- ♦ suscitar y alimentar la fe por la predicación de la Palabra de Dios, animar las comunidades cristianas, e ir al encuentro de las aspiraciones espirituales contemporáneas, en el respeto de todas las otras creencias.
- ♦ favorecer el diálogo ecuménico con los cristianos de otras confesiones, a fin de caminar hacia una verdadera comunión.
- ♦ tomar parte positivamente en el debate de la sociedad, reforzando la democracia, la libertad y la participación de todos basados en los derechos del hombre.
- ♦ testimoniar el valor del ser humano en todas sus dimensiones, incluida la espiritual, contra la primacía de lo material y de lo económico.
- ♦ tomar resueltamente partido por todos aquellos que son las víctimas o los excluidos de esta sociedad (pobres bajo todas sus formas, marginación cultural, racismo, etc.)
- ♦ valorar el sentido de universalidad, a través de la apertura, del diálogo y la solidaridad tanto con la parte oriental de Europa como del Tercer Mundo.